

Releer *ECO*

Juan Gustavo Cobo Borda

Con 112 páginas aparece en Bogotá, en mayo de 1960, la revista *ECO*. La publica la librería y galería Buchholz. Karl Buchholz era un viejo librero alemán que había tenido librerías y galerías en Berlín, Bucarest, Lisboa y Madrid. La de Madrid se destacó en la década del 50 por haber abierto sus espacios a figuras como Chillida, Tápies y a lo que se denominaría el informalismo español.

Esta revista apuntaba hacia una defensa y exploración de la cultura de Occidente con perspectiva alemana (¿un eco quizás de la *Revista de Occidente* que en Madrid había pilotado Ortega y Gasset?). El primer número apostaba por la versión al español de textos poco divulgados en nuestra lengua. Un cuento de Hermann Hesse sobre un poeta chino y tres poemas de Gottfried Benn, uno de ellos sobre el momento en que Nietzsche enloquece en Turín, dan la pauta. Hay, además, un ensayo sobre Ernst Jünger y trabajos sobre Albert Camus, quien acababa de morir, y sobre el inesperado éxito del Gatopardo del conde de Lampedusa. En otras disciplinas, Heisenberg planteaba los problemas filosóficos de la física atómica a partir del descubrimiento de Planck.

El sumario, no hay duda, era notable si a ello añadimos además trabajos sobre arte y economía. Desde el primer número Ernesto Volkening, el crítico alemán que números más tarde sería el descubridor de García Márquez en sus trabajos pioneros sobre *Los funerales de la mama grande* y sobre *La mala hora* ya desde sus inicios sería traductor regular de *ECO* y colaborador asiduo. Otros nombres de traductores: Carlos Patiño, un destacado filólogo quien firmaría con Álvaro Mutis el primer libro de poesía de los dos, *La balanza*, y Antonio de Zubiarre, un exilado español radicado en ese entonces en Bogotá como profesor universitario. Muy pronto los secundaría en tal tarea de traducción dos de los fundadores de la filosofía moderna en Colombia, Rafael Carrillo y Danilo Cruz Vélez, que viajarían a complementar sus estudios en Alemania, donde Cruz Vélez pudo recibir el influjo de un Heidegger que había retornado a la cátedra en Friburgo. En *ECO* aparecerían muy variados textos de Heidegger desde Hegel y los griegos hasta el texto cuando rechazó una cátedra en Berlín pues prefería permanecer en provincia, en su cabaña de la Selva Negra, al recorrer una vez más senderos en el bosque que lo incitaban a pensar.

Aunque no llevaba ilustraciones salvo el grabado de la carátula, los ensayos sobre pintores, llámense Paul Klee o Marc Chagall, no dejaban de llamar la atención por su pertinencia y calidad. En tal sentido el aporte de la argentino-colombiana Marta Traba, la crítica de arte que renovó el canon de la pintura moderna en Colombia, se estrenó en *ECO* con agudas reseñas de muestras itinerantes de arte alemán o de libros sobre la escultura en Europa.

Algo similar a lo que ocurrió con el recién fallecido (en 2015) Jaime Jaramillo Uribe, el fundador de la llamada “Nueva Historia” de Colombia, quien ya en 1961 adelantó un trabajo sobre el liberalismo colombiano en el siglo XIX en *ECO* y muchos capítulos de su clásico *El pensamiento colom-*

biano en el siglo XIX, nutrido en sus cursos en Francia, entre otros con Bachelard, y su conocimiento del pensamiento alemán y su admiración por Henri Pirenne. Pero su retorno a Colombia le permitiría enriquecer la mirada en el diálogo con figuras como Gilberto Freyre y José Luis Romero y tomar en cuenta la historia de las mentalidades.

Esta es quizás una de las constantes de *ECO*: traer lo ignoto y poco divulgado para así sustentar una mirada propia sobre estas tierras. Allí están los poemas de Aurelio Arturo y los textos de Álvaro Mutis, algunos de ellos tan afines al mundo de Kafka, sin hablar de sus *lieders* que buscan sintetizar en el poema la música del romanticismo alemán y los compositores austríacos.

No es de extrañar que los primeros doce números de 1960 y 1961 incorporen relatos de Henrich Böll, quien en 1959 había publicado *Billar a las nueve y media*, primer escalón que lo conduciría al Nobel, o que se hablara de Musil y Döblin, tan exaltado por Günter Grass como su maestro. Es sorpresivo, por el contrario, que en 1961 aparecieran en *ECO* dos poemas de Luis Cernuda. Uno de ellos “J.R.J. contempla el crepúsculo” sorprende por la eficacia con que se sirve de la cultura para efectuar una demoledora crítica a cierta fragilidad lírica del poeta de Moguer.

ECO no rehúye nunca su diálogo vivo con la poesía. Ingeborg Bachmann, desde el número 2, invoca a la Osa mayor y sus recias patas, con esa dura certeza que sorprendería a Paul Celan. Los otros poetas colombianos, compañeros generacionales de Mutis, como Fernando Charry Lara y Fernando Arbeláez, también reconocidos por Aldo Pellegrini en su *Antología de la poesía viva latinoamericana* (1962), ocuparían su sitio en *ECO*, al igual que Jorge Gaitán, el fundador de *MITO*, con sus poemas gnómicos sobre China en marzo de 1962. No era una revista de poesía pero la poesía siempre ocupaba un lugar decisivo. De allí que haya dedi-

cado uno de sus números especiales a la figura de Hölderlin (números 123/124, 1970). Otros dos números especiales sobre Brecht (números 85/86) y sobre Nietzsche (números 131/132) son coherentes por la valía de los colaboradores y la riqueza y variedad de los textos traducidos de los homenajeados: Arendt y dos colombianos. Por una parte, Francisco Posada, quien interesado en la relación entre vanguardia y arte realista publicaría en Galerna de Buenos Aires un documentado libro, y Carlos Rincón, quien será traductor asiduo de la revista. En el caso de la dedicada a Nietzsche, bajo la dirección de Ramón Pérez Mantilla, aparecen Adorno y Horkheimer, Bataille, Blanchot, Deleuze, Foucault, Heidegger, Klossowski, y muchos textos aún no conocidos de la edición de Colli y Montinari.

Esta relectura de los primeros 182 números, que van de mayo de 1960 a diciembre de 1975, brinda indudables sorpresas. No tanto en relación con uno de los puntos álgidos como es la separación de las dos Alemanias o el Berlín fragmentado entre cuatro potencias, de lo cual da testimonio Uwe Johnson, “Una estación de metro berlinesa”; mezcla de relato e informe sobre las contradicciones, un tanto esquizofrénicas, que padecen sus habitantes, con tantas aduanas, requisas, peajes, y el omnipresente muro, sino sobre ese color gris inalterable que recubre Berlín Este y sus expectativas vitales. Pero sí desde la literatura y el arte, que son nuestro vector, es necesario reconocer cómo Buchholz y su hija Godula promovieron en Alemania arte latinoamericano y así la figura de Fernando Botero empezaría su ascenso en las cotizaciones pero también innovaría con sus rotundos volúmenes como los óleos en que exaltaría las suculencias carnales de las figuras femeninas de Rubens o ya en dibujos y grabados aquello que firmaría como Durero-Botero, un homenaje al gran artista alemán. También trabajos como los de Marta Traba y Álvaro Medina inaugurarían su corpus crítico.

En ese ir y venir entre dos polos, Colombia y Alemania, *ECO* miraría también hacia otros espacios y otras formas de expresión creativa. En estas primeras entregas Latinoamérica se percibe y afianza de un modo irreversible. Allí están poemas entonces escritos de Mario Benedetti y Carlos Germán Belli, de Jorge Eduardo Eielson y Eduardo Carranza, de Roberto Juarroz y Alberto Girri, de José Lezama Lima y de Octavio Paz (“Viento entero”, el gran poema escrito en la India), César Moro y Enrique Molina, Francisco Madariaga y Gonzalo Rojas, José Emilio Pacheco y Álvaro Mutis, Juan Sánchez Peláez y Tomás Segovia, Javier Sologuren e Ida Vitale, Juan Liscano y León de Greiff. Una abierta y verdadera antología de la poesía latinoamericana del momento. En este sentido, un valioso complemento fueron los trabajos críticos sobre poesía del venezolano Guillermo Sucre, ya sean sobre Borges, Huidobro, Vallejo o Gironde. También en el número 151 un amplio trabajo sobre Alejandra Pizarnik fue la primera lectura que se hacía de su obra en Colombia.

En otra área, la novela, *ECO* se vio honrada (número 82) con un capítulo inédito de *Cien años de soledad*, y un verdadero alud de análisis de la obra de García Márquez, que iniciados por Ernesto Volkening y reproducidos por Jorge Lafforgue en sus volúmenes colectivos sobre la nueva novela en Paidós se suman otros como los de Noé Jitrik sobre “La perifrástica productiva en *Cien años de soledad*”, los de Helena Araújo sobre “Las macondanas”, los de Graciela Maturo o el de Jill Levine sobre lo real maravilloso de Carpentier a García Márquez.

Pero al lado de Lutero y Hegel, de Spengler y Burckhardt, de Ernst Bloch, con muchos aportes suyos y sobre él, era una real sorpresa el ensayo de Gostautas sobre Roberto Arlt, novelista de Buenos Aires (números 141/142) o el hecho de que dos secretos cuentos de Borges y Bioy Casares, en

un feroz lunfardo anti-peronista, hayan sido rescatados y presentados con tino: “La fiesta del monstruo” y “El hijo de su amigo”. También es una coincidencia notable que los dos críticos más representativos por aquellas fechas, los uruguayos Emir Rodríguez Monegal y Ángel Rama dedicaran su atención a Juan Carlos Onetti y que escritores que apenas empezaban a destacarse, como Augusto Monterroso y el venezolano Salvador Garmendia, recibieran plurales asedios críticos. Todo ello enmarcado en un despliegue teórico de gran novedad entonces con las traducciones de Walter Benjamin: “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” o de Michail Bachtin, “Carnaval y literatura”. Había que pensar la novela pero también había que leer la novela, tal como sucedió con José Lezama Lima. En este sentido, las “Notas sobre *Paradiso*” del cuentista y novelista peruano Julio Ramón Ribeyro (número 91) son un ejemplo admirable de agudeza y comprensión.

ECO, en realidad, había trazado el mapa universal de la novela, sea Ellmann al escribir sobre Joyce, sea René Girard sobre “Los mundos de Proust” (número 44) o Robert Musil con cuentos y reflexiones o la lectura que realizó el mexicano Juan García Ponce. Sin olvidar a uno de los redactores de *ECO*, Hernando Valencia Goelkel, quien prestó en todo momento atención preferente a la novela, sea en su ensayo sobre *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry (número 49), Pavese, Graham Greene, Louis Aragon o Norman Mailer.

En el caso del cuento, donde hay muchos y muy brillantes ejemplos de autores alemanes, es interesante volver a poner de presente el carácter de *ECO* que sirve, en alguna forma, de puente entre lo producido en Colombia y su versión al alemán y la recepción crítica que allí experimentaron. Peter Schultze-Kraft, un habitual colaborador de la revista, preparó una muy amplia antología en alemán titulada *El duelo y otros cuentos colombianos*, publicada en 1969, que

presenta treinta y siete autores en 380 páginas. En uno de los párrafos del prólogo, traducido en *ECO*, Shultze-Kraft asienta su idea de la literatura colombiana.

Los más conocidos representantes de la literatura colombiana son, actualmente, Gabriel García Márquez, Eduardo Caballero Calderón, Manuel Mejía Vallejo y (en la periferia, pues el primero fue fundamentalmente poeta y ensayista y el segundo, es ante todo, dramaturgo y director) Jorge Zalamea y Enrique Buenaventura. Todos ellos están convenientemente representados en esta antología. Además, queremos llamar la atención especialmente sobre Álvaro Cepeda Samudio y Darío Ruíz Gómez, a los cuales consideramos los cuentistas contemporáneos más significativos después de García Márquez. (XXII, diciembre 1970, p. 162)¹

Pero en el número 130 de *ECO*, Wolf Dieter Albecht criticaba la antología con mucha energía descabezando a Arciniegas y Caballero Calderón, poniendo en duda a un divulgador de las letras colombianas en Alemania como Günter W. Lorenz y declaraba tajante que desde el año de 1967: “Cuando se dice en cualquier parte ‘Colombia’ se piensa: Padre Camilo Torres Restrepo” (XXII, febrero 1971, p. 389).

En tal purga caían también Oscar Collazos, cuyo cuento de 1965 “Las compensaciones”, “es una narración sin conocimiento de problemas de transposición literaria ni de escritura, por desconocimiento aparente de los escritores que en otros países latinoamericanos ya habían hecho lo mismo quince o más años atrás” (ibíd, p. 395). También ponía en duda al fundador del nadaísmo, Gonzalo Arango, y el cuento inseguro de Gustavo Álvarez Gardeazábal y el ambicioso y falso de Ricardo Cano Gaviria. Los años parecen haberle dado la razón.

1 Para las citas de *ECO*, se indica entre paréntesis el tomo, el número, la fecha y el número de página.

En cambio, en el buen sentido, Luis Fayad y Roberto Burgos, cuyos cuentos incluidos en la antología fueron tomados de revistas pues aún no habían publicado libros, mantuvieron carreras muy fructíferas, en cuento (ambos colaborarían en *ECO* con nuevos aportes) y en novela, hasta el día de hoy. Quizás debemos hacer una pausa. Después de aparecer el número 182 de *ECO*, en 1975, cuando cumplía quince años de existencia, *ECO* se suspendió por un año por los altos costos del papel y la impresión. Pero reanudó su tarea con un renovado ímpetu. Raimundo Lida evoca a Murena a raíz de su muerte y en diálogos, cartas y poemas revive sus contradicciones y sus novelas esperpénticas. En marzo de 1977 en el número 185 de *ECO*, Noé Jitrik nos trae las primeras noticias en nuestro ámbito de Juan José Saer y *El limonero real*. También en esos años se vuelve sobre Walter Benjamin, aparece Jacques Derrida al hablarnos de Rousseau y Saussure, la teoría de la recepción surge con fuerza y nuevos nombres en el cuento colombiano como Marvel Moreno y Andrés Caicedo, el mito juvenil de *¡Qué viva la música!*, se presentan por primera vez al lado del gran poeta nicaragüense Carlos Martínez Rivas. *ECO* fue, además, la editora de los escolios de Nicolás Gómez Dávila, hoy tan traducido en Alemania. Pero otros temas inquietan como la filosofía analítica, la crítica de arte con Jorge Romero Brest y Damian Bayon, la novela de culto de Lucien Rebatet. Hay, como es natural en *ECO*, homenajes a Rilke y a Hesse. Y José Miguel Oviedo sigue, libro tras libro, la trayectoria de Mario Vargas Llosa. La teoría crítica (Albert Beguin, Lucien Goldmann, Roland Barthes) se hacía fecunda praxis en las notas de lectura o los ensayos de mayor calado. En tal sentido, Rafael Gutiérrez Girardot estudia el papel de la naturaleza en la novela latinoamericana. Enrique Lihn, el poeta chileno, desmonta el personaje novelístico Gerardo de Pompier y Habermas y Gadamer nos recuerdan que

ECO sigue vertiendo al español lo más destacado del pensamiento alemán. También en esos años se percibe con mayor asiduidad el portugués, trátase de Pessoa o el Brasil de Mario de Andrade, Murillo Mendes, Jorge de Lima, el movimiento modernista y Haroldo de Campos. Un nuevo espacio de suscitaciones. También llegan nuevas voces con Gabriel Zaid o entrevistas con Cioran. En mayo de 1980, en el número 223, José María Pérez Gay, ensayista mexicano, presenta y traduce poemas de Paul Celan.

En agosto de 1980, *ECO* cumple veinte años y un número triple lo celebra. Roger Munier vuelve sobre Heidegger y Guillermo Sucre revive un “raro” de Venezuela: el poeta suicida José Antonio Ramos Sucre. Por Alemania, Otto Flake. Pero el panorama se refresca con aproximaciones a José Bianco y entrevistas a Guillermo Cabrera Infante en otros números. En agosto de 1981, en el número 238, Paul de Man estudia a Maurice Blanchot. El historiador Germán Colmenares, en tres números de 1981, ofrece un dossier muy amplio sobre la forma de escribir historia. Traduce ensayos sobre la narrativa, la escuela de los “Annales”; la marxista, la económica, la social (Hobsbawm) y la historia social de la Hispanoamérica colonial. Un verdadero breviario al respecto.

En el número 245, de marzo de 1982, se celebra a Elias Canetti, Premio Nobel, de quien *ECO* ya había publicado dos textos y que ahora con un nutrido sumario de él y sobre él se torna una de las figuras más destacadas de la ficción y la reflexión. Igual sucedería en octubre de 1982 en su número 252 cuando García Márquez gana también el Nobel y un texto suyo sobre el pintor Alejandro Obregón abre el índice y trabajos de Martha Canfield y Jorge Ruffinelli sobre sus memorias lo complementan.

Una nueva comarca inexplorada se abre en septiembre de 1982 con el número dedicado al nuevo cine alemán:

Fassbinder, Herzog, Wender, Syberberg. Entrevistas, textos suyos y sobre sus films nos revelan su multifacética capacidad para enriquecer esta forma de expresión tan consustancial al siglo XX.

Números especiales también sobre la mujer o la obra de Kant caracterizan este tramo final de *ECO*, que dedica un número a la literatura argentina con textos de Olga Orozco y el estremecedor poema de Néstor Perlongher “Cadáveres”, que sintetiza el drama de los desaparecidos. A lo cual se añade una nota de Valencia Goelkel sobre el caso Timermann: antisemitismo y fractura de la sociedad argentina. En junio de 1984, en su número 272, concluye *ECO* su activa, generosa y fecunda labor, en el diálogo de América con Alemania y el pasado con el presente. De incorporar los debates a nivel mundial en nuestro ámbito latinoamericano y promover nuestras creaciones en mentes receptivas allende mares y montañas. El *ECO* se hizo voz y, como se ha visto, sigue resonando.

Los redactores de *ECO* fueron Hernando Valencia, Nicolás Suescún, Ernesto Volkening y Juan Gustavo Cobo Borda. Lo asombroso es cómo sobres con estampillas traían regularmente a Bogotá textos pasados a limpio con papel carbón de firmas como Silvina Ocampo, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Sergio Pitlor, Fernando del Paso (hoy flamante Premio Cervantes), Manuel Puig, Carlos Monsiváis y Sergio Ramírez. Una cosecha aún viva.